



YORUBA: UN ACERCAMIENTO A NUESTRAS RAICES

Heriberto Feraudy Espino

Parte No. 1

INTRODUCCION

Con la exposición del desarrollo histórico, y sociocultural de los Yorubas, la presentación de los valores morales y políticos y espirituales de estos pueblos, de sus arraigadas tradiciones, y el relato de sus mitos y leyendas, he querido contribuir en cierta medida, al conocimiento de las raíces del hombre negro en Cuba. Es cierto que se ha escrito, tal vez no lo suficiente, sobre su procedencia y existencia, y se ha destacado incluso su aporte a la cultura y en otras esferas de la sociedad cubana. De gran valor histórico ha sido la contribución que al respecto nos dejó el eminente sabio Don Fernando Ortiz, a quien con legítima razón se ha calificado como el tercer descubridor de Cuba. Pero aún es preciso señalarlo, sobre los orígenes del negro cubano existe un generalizado desconocimiento. Si le pregunta a un hombre o mujer negro, a cerca de su procedencia, de sus bisabuelos o tatarabuelos, casi siempre es la respuesta que vinieron de Africa o que fueron esclavos, hay quien responde que son de origen congo o carabalí, tal vez por aquello de que: "Aquí el que no tiene de congo, tiene de carabalí".

Se conoce que hay razones históricas que justifican, o al menos explican esta situación, no obstante, se hace necesario, continuar indagando e investigando sobre nuestras raíces, y digo nuestras, porque esa, la de Africa, es la de todos " Aquí somos mas Africa que Europa, como previó en su momento histórico Simón Bolívar".

¿Quiénes eran los Yorubas o Lucumis en Cuba?

Fue la Etnia que constituyó la mayoría de todas cuantas fueron traídas de Africa, la que tenía un mayor nivel de desarrollo, y cuyo aporte al proceso de transculturización, fue el mas significativo.

Según el maestro Fernando Ortiz, "Los Lucumis eran los esclavos mas inteligentes y civilizados, pero altivos y difíciles de subyugar y atropellar, buenos trabajadores. Esta es opinión general,. Daumont decía que en Cuba, los Lucumis eran superiores, se rescataban a si mismos con mas facilidad que los esclavos de otras naciones. Eran fieles pero muy susceptibles. Ningunos otros los superaban en los trabajos de sus conucos.

Lucumis eran la mayoría de los esclavos que se rebelaron en Cuba. Fueron ellos quienes mas trabajaron en los cañaverales, trapiches y cafetales, fueron ellos quienes trajeron la religión mas popular en Cuba, y buena parte del Caribe y de América del Sur. Lucumi fue José Antonio Aponte, de quien se dice participó en la guerra de las colonias de Norte América, contra los ingleses y quien organizó una de las mas interesantes de las conspiraciones armadas contra la esclavitud y el régimen colonial en Cuba en 1812.

Aponte, por su origen yoruba, era un Ogboní, es decir, miembro de la mas poderosa de las sociedades secretas de Nigeria, y también en el orden religioso, tenía la categoría de un Oni-Sangó.

En la conspiración de Aponte, participaron Mandingas, Ararás, Minas, Congos, Carabalíes, Bibis, y grupos negros y mulatos emigrados de Haití, Santo Domingo, Jamaica, Panamá, Cartagena de Indias y Estados Unidos.

Tan temida llegó a ser esta conspiración, que al descubrirse su organizador,, fue ahorcado por orden de la mas alta jerarquía española, y su cabeza puesta en una Jaula de hierro, exhibida en Belascoain y Carlos III, una de las principales calles de la Habana.

De mitos y leyendas Yorubas, o Lucumis, están poseídos el arte y la cultura cubanos, su influencia esta presente, en Lam, Guillen, Carpentier y otros prestigiosos artistas e intelectuales cubanos. Todo ello valorado justamente, en el centro de procedencia de los Yorubas, donde por razones de trabajo radique varios años, me decidió a escribir con la intención de aproximarme a un tema a cerca del cual, aún queda mucho por decir. Albergó la esperanza, de que este intento sirva de estímulo a la continuidad de los estudios de nuestras raíces.

ORIGENES

Dicen que Oduduwa, fue expulsado de la Meca, después de conspirar contra el Islamismo, se plantea que era hijo, príncipe heredero de un rey llamado Lamurudu.

El y sus seguidores tuvieron que abandonar la Meca, y emprender una larga y fatigosa marcha hasta llegar hasta Ile-Ife, caminando 90 días con sus noches. Todo ello ocurrió después de Mahoma.

En su afán de transformar el Islam al Paganismo, Oduduwa, convirtió la mezquita grande de la ciudad en un templo, y de la noche a la mañana, este fue visto lleno de ídolos, fabricados por un sacerdote de nombre Asara, quien tenía un hijo nombrado Braima, Braima cría tanto en el Islam, como en el día de su nacimiento. Durante su juventud, vendía los ídolos de su padre y como era tan fanático al Islam, aborrecía tener que vender imágenes.

Cuando Braima pregona la venta de sus artículos, decía: ¿Quién quiere comprar falsedades?

Braima creció con tanto odio en el corazón, que cuando tuvo edad suficiente, destruyó a hachazos los dioses de su padre. El hacha principal, quedó colgando en el cuello del ídolo principal con figura humana.

Al principio se desconocía el autor de la herejía, pero pronto se investigó y descubrió quién había sido el iconoclasta, que al ser interrogado dijo: “Pregúntenle a ese gran ídolo quien fue el que lo hizo”.

Los interrogadores le preguntaron si el creía que el ídolo podía hablar, y dicen que Braima contestó: ¿Por qué veneran cosas que no hablan?.

Entonces se recopilaron mil pilas de leña para la hoguera, y trajeron varias ollas de aceite para encenderlas.

Braima murió quemado por acto de grosería y profanación, estallo la guerra civil y los mahometanos mas poderosos, liquidaron a los partidarios de Oduduwa. Lamurudu fue asesinado, y todos sus hijos y seguidores expulsados de la ciudad.

De acuerdo con las tradiciones citadas por Samuel Johnson, en su famosa obra, *Histori of Yoruba*, está resuelta una de las grandes interpretaciones de los yorubas, que afirman que estos proceden de algún lugar del Oriente, que pudiera ser: La Meca, El alto Egipto, Nubia o el Nilo.

Según la versión de Johnson, Oduduwa, y sus hijos juraron odio mortal contra los musulmanes de su país y decidieron vengarse de ellos, pero Oduduwa, falleció en Ile-Ife, antes de ser lo suficientemente fuerte como para emprender una marcha contra sus enemigos. De acuerdo con esa tradición, Okambí hijo mayor de Oduduwa, comúnmente llamado Ideko Sedoake, también dejo de existir en Ile-Ife, dejando a siete príncipes y princesas, de quienes descendieron varias tribus de la nación Yoruba.

MITOS Y LEYENDAS SOBRE ODUDUWA

Narra una tradición de Benin, que Oduduwa fue un príncipe de ese pueblo cuyo nombre era Ekaladerhan y que fue confinado por su padre Owodo, el último Ogiso, título con el que se designaba a los gobernantes de Benin, nombre de un reinado enclavado en tierra nigeriana y que actualmente se denomina estado de Bendel.

Ekaladerhan era hijo único de Owodo. Cuentan que, como resultado de una intriga familiar, las esposas de Owodo se reunieron con él y después de mucho discutir, lo convencieron de que según el oráculo, tenía que matar a su hijo o de lo contrario, ellas no tendrían más hijos. Se dice que el Ogiso meditó por largo tiempo; pero finalmente decidió no matar a su primogénito sino desterrarlo lejos.

Afirman los habitantes de Benin, llamados por aquel entonces igodomigodos, que el día en que Ekaladerhan abandonó la ciudad con sus seguidores, fue un día doloroso, afligido, angustioso, un día frío, sin lluvia ni sol y que el pueblo todo se conmovió y consternó al conocer la desdicha ocurrida. Ellos, que habían albergado la esperanza de que el príncipe Ekaladerhan sucediese a su padre cuando este falleciera, sobre todo teniendo en cuenta que en aquella época ya 30 ogisos habían renunciado al poder como consecuencia de pugnas y conflictos

internos, ahora veían sus planes frustrados y sufrían la mácula de un rey renegando de su hijo. Como castigo al imperdonable proceder del ogiso Owodo, el pueblo decidió destronarlo.

Los que han oído esta leyenda dicen que este acontecimiento fue seguido por un largo y tormentoso período de gran inestabilidad política en el antiguo Benin.

Asimismo, afirman que cuando Ekaladerhan fue expulsado por su padre arribó a Ilé-Ifé con sus acompañantes y la gente de aquel lugar los miraban con ojos extrañados y asombrados, sin poder entender la lengua que hablaban. Dicen que Ekaladerhan después de haber andado un largo tramo, seguido por un grupo de curiosos, buscó un espacio apropiado y se sentó; escudriñado aún por las miradas atónitas de quienes en aquel instante lo rodeaban y contó su triste historia en lengua bini, desconocida por los moradores de Ilé-Ifé.

Los que después entendieron dijeron que durante su narración, Ekaladerhan explicó cómo él había sido fiel a su padre, a quien respetaba y admiraba; sin embargo, este, guiado por la intriga y la ignorancia, en un acto de injusticia y de crueldad, lo había expulsado de su reino. Añadió cómo en estas circunstancias, de príncipe había pasado a mísero vagabundo, sin gloria ni fortuna.

Cuentan que de todas las palabras pronunciadas por el antiguo príncipe, la que más fijación tuvo en la mente de los pobladores de Ilé-Ifé fue Iduduwa. Siempre que se conversaba con él se le escuchaba decir esta palabra. Con el tiempo se supo que esta pertenecía a la lengua bini, cuyo significado era pesar, aflicción, remordimiento, literalmente significaba tropecé con la fortuna. Los habitantes de Ilé-Ifé interpretaron el vocablo Iduduwa como el nombre de Ekaladerhan y tergiversando su pronunciación comenzaron a llamarle Oduduwa.

Recuerda la tradición que un día llegaron a Ilé-Ifé varios mensajeros de los igodomigodos para informarle al príncipe la muerte de su padre y suplicarle que retornara a su pueblo natal con el fin de asumir el trono. En esa época Oduduwa había establecido su propio gobierno, tenía su familia y había perdido todo interés en regresar al lugar de donde lo habían expulsado, por lo que se negó rotundamente a la súplica de los enviados, quienes insistieron hablándole de la necesidad de frenar la subida y caída de ogisos unos tras otros, hablaron de los tiempos de la mala muerte y sin cosechas, de la desconfianza hecha persona apareciendo por todas partes; le prometieron que con él serían el uno para el otro y el otro para el uno, que cuidarían la unidad de Igodomigodo como a la niña de los ojos de Dios que todo lo ve.

Oduduwa parecía no escucharlos. Mientras los mensajeros hablaban él se mantuvo todo el tiempo con los ojos cerrados como inmerso en reposado sueño. De súbito y como si despertara de una larga reflexión, exclamó: ¡De acuerdo! Les prometo enviar a mi hijo Oranyán y garantías doy de que él sabrá gobernar tanto o mejor que yo. Entonces los mensajeros, con rostro alegre y solemne, inclinando la cabeza murmuraron: ¡Que así sea! ¡que así sea! Y continuó hablando el viejo:

Ante todo tienen que darme una prueba de que ustedes y los que están antes y después de ustedes allá en Igodomigodo han alcanzado la cumbre de la seriedad y responsabilidad. Los mensajeros se comprometieron en nombre de ellos y de los demás. Oduduwa hizo una propuesta y cumplió, „Envío 7 piojos a los jefes de aquella ciudad para que los cuidaran y retornaran a los 3 años, si es que eran capaces de conservarlos. Transcurrió el tiempo y los piojos fueron devueltos sanos, salvos, crecidos y engordados y hasta tenían mejor color.

Oduduwa conmovido e impresionado por tal actitud terminó por concluir que un pueblo capaz de cuidar con tanta tenacidad y esmero a 7 insectos insignificantes, bien podía ser merecedor de recibir a su hijo y lo envió.

Para los habitantes de Benin esta es la historia que explica que se le atribuya a Oranyán ser el fundador de aquel reinado y el considerar al rey de Ilé-Ifé como su propio y auténtico monarca. De acuerdo con esta leyenda, Oranyán llegó a Benin donde gobernó y se casó, tuvo un hijo llamado Eweka y después de habitar durante varios años el palacio de Usuma, regresó a Ilé-Ifé. Se dice que entonces Eweka ascendió al trono de Benin como Eweka 1. Esto ocurrió alrededor del 1200 d.n.e.

Entre los relatos conocidos sobre Oduduwa no falta el que lo define como una mujer. En el libro Religión of the Yorubas, de Olumide Lucas se plantea que esta fue una deidad mujer, esposa de Obatalá. Este autor llega a afirmar que es una diosa superviviente de una deidad del antiguo Egipto y que el nombre Oduduwa puede ser dividido en dos: Odu y Dua. La palabra Odu significa “un jefe”, un gran personaje, mientras que la palabra dua viene de la antigua palabra egipcia dua-t, que significa “el otro mundo”. Por tanto, Odu-Dua significa “el

caballero del otro mundo” o la “amante del otro mundo”. El autor explica que el título de caballero del otro mundo se le aplicó primeramente a Ra y a Osiris y después a los otros dioses y diosas del otro mundo. Lo cierto es que esta versión de Oduduwa mujer es la menos creíble e inconsistente de cuantas se han dado acerca de esta figura.

Una versión de carácter histórico nos muestra a Oduduwa también llamado Oodua u Olofin como un guerrero que se enfrenta a Obatalá, líder del pueblo Igbo, asentado en Ilé-Ifé. Se especula que Oduduwa ordenó la redacción de una Constitución para el pueblo de Ilé-Ifé y el establecimiento de un gobierno que debía estar encabezado por él. Al enterarse Obatalá de esta decisión se opuso tajantemente, alegando que él tenía tantos o más méritos que Oduduwa. Como consecuencia de las contradicciones entre ambos líderes Obatalá no tardó en alzarse en las colinas de Ifé siendo seguido por su gente. Después de larga y encarnizada contienda Obatalá fue derrotado por Oduduwa y sus hombres.

Un historiador nigeriano relata que antes de Oduduwa existían 13 grupos de aldeas en Ilé-Ifé y este pertenecía a uno de ellos. Cada aldea tenía un jefe o rey (oba) y entre estos se rotaban el gobierno.

Durante el régimen de Obatalá, Oduduwa pertenecía a un grupo que habitaba en las colinas de Oke Ora y desde ese lugar se enfrentó a él. Esta lucha duró una generación y al final se impuso el grupo de Oduduwa quien logró la victoria gracias al decisivo apoyo de una bella y hermosa mujer llamada Moremi.

Refiere una tradición que cuando el conflicto estalló entre los dos bandos, Moremi, que pertenecía a las huestes de Oduduwa y de quien se dice que fue su esposa, se preguntaba una y mil veces cuál era el secreto de los fáciles triunfos obtenidos por el enemigo. Obsesionada por esta idea cuéntase que Moremi fue al río y prometió a los dioses que si ella lograba desentrañar el secreto de Obatalá, en recompensa sacrificaría a su único hijo nombrado Oluorogbo. Según esta leyenda la bella Moremi dejóse capturar por los igbo, que eran gente de Obatalá y una vez en el campamento de esto pudo conocer en qué consistía su táctica de combate. El misterio radicaba en que los soldados obatalenses cubrían su cuerpo con hojas para hacerse pasar por espíritus, por consiguiente, siempre que los seguidores de Oduduwa veían aquellas matas vivientes caminando huían sin que nadie los pudiera detener. Hay quien cuenta que Moremi pudo conocer el secreto cuando el rey de los igbo la hizo su mujer y entonces ella se ganó la confianza del mismo. Moremi logró huir y se lo contó todo a Oduduwa. A partir del descubrimiento hecho por la heroína no hubo más desbandada y Oduduwa resultó vencedor. Moremi cumplió su promesa sacrificando a su hijo en el río Ezimirin.

Después de la victoria de Oduduwa éste se dedicó a establecer una monarquía bien organizada y unió a las 13 aldeas. Algunos investigadores afirman que después de la muerte de Oduduwa ambos grupos se unieron mediante un acuerdo en el cual la autoridad política la ejercían los seguidores de Oduduwa a través de un símbolo, la corona de Are, mientras que los fieles a Obatalá adquirieron la autoridad religiosa. A Obatalá también se le da una gran significación como artista jefe, planteándose que durante su predominio entre los igbo el título Obatalá tenía carácter supremo y fue cuando se produjo el nacimiento de las grandes obras maestras de la artesanía

Para Abimbola, prestigioso profesor e investigador yoruba, Rector de la Universidad de Ilé-Ifé y autor de varias obras sobre las tradiciones y creencias de este pueblo, así como también para otros autores, Oduduwa fue quien creó el gobierno moderno y las instituciones y organizaciones que hicieron famosa a la nación yoruba. Según Abimbola, Oduduwa fue el primer Ooni u Olofi. Tuvo varias esposas entre las que se encontraban Olokun Seniade, Osara y Ojummo-Yanda. Algunos plantean que tuvo siete hijos y otros que 16

El prestigioso historiador Basil Davidson en su obra A History of West Africa 1000-1800, menciona que uno de los hijos de Oduduwa se convirtió en el primer alafin de Oyó, así como en el padre del primer oba de Benin. Otro de sus hijos fue el primer onisabe de Sabe; se habla de una hija mayor de quien se dice fue madre del primer alaketu de Ketu en Dahomey, mientras otra hija dio a luz al primer olowu de Owu. Dicen que murió ciego a los 150 años.

Mientras más hurgamos en la historia Yoruba mayores son las coincidencias en situarle una existencia real a la figura de Oduduwa. El Dr. A. Atanda en un interesante estudio sobre este tema escribió lo siguiente: “Fuera Oduduwa un emigrante o un aventurero político, su advenimiento fue un pilar en la historia del pueblo yoruba. Ilé-Ifé alcanzó preeminencia debido

a este hombre. Cualquiera que fuese su origen la tradición tiene claro que luchó por la dirigencia política en la tierra yoruba y también tuvo que guiar al pueblo de Ifé a soportar y derrotar la agresión de algunos poderosos vecinos decididos a destruir el naciente reino.

Finalmente se considera que la revolución de Oduduwa tuvo lugar a finales del siglo 9 y principios del 10. A partir de él se crearon los demás reinos e imperios yorubas.

ORANYÁN

De los supuestos familiares directos de Oduduwa el más conocido y renombrado en la tierra yoruba es Oranyán, también conocido como Oranmiyán. Sobre este personaje, al igual que ocurre con casi todas las figuras yorubas, existen múltiples interpretaciones, Algunos lo consideran como hijo de Oduduwa mientras otros lo sitúan como su nieto. Hay quien lo señala como hijo de Ogún. Se le considera como el fundador de Oyó, famoso por su legendario imperio, y también del reinado de Benin, además no falta quien lo califique como el conquistador de Ilé-Ifé.

Un mito explica el significado de Oranyán de la siguiente manera:

En una de sus tantas cabalgatas, Ogún capturó a una bella mujer perdida en el camino hacia Ilé-Ifé. Ogún, al presentársela entre otros botines a Oduduwa, su padre, se percató de que este se había enamorado de su maravillosa presa nombrada Anihuka. Los que conocieron esta leyenda dicen que Oduduwa, fascinado por aquella beldad, la tomó, aunque con dudas, como esposa, luego de haber recibido la promesa de su hijo de que no la había poseído. Transcurrido cierto tiempo y al dar a luz la preciosa mujer, el niño que nació era mitad blanco como Oduduwa y mitad negro como Ogún. Oduduwa dijo entonces: Oran-Mi-Yán (se prueba mi sospecha).

Es por motivo de este suceso que todos los años en Ilé-Ifé, durante el festival de Olojo en honor de Ogún y Oranmiyán, se ve a grupos de jóvenes corriendo por las calles con el cuerpo pintado mitad de negro y mitad de blanco.

Una de las tradiciones sobre Oranyán señala que este fue el hijo menor de Oduduwa, el séptimo príncipe y que a la muerte de su padre organizó una expedición para vengar la afrenta de la cual habían sido víctimas sus antecesores, pero que por más que lo intentó no pudo avanzar muy lejos y fracasó en sus planes por la disensión entre él y sus hermanos. Apenado, no regresó a Ilé-Ifé de donde había salido y entonces se asentó en Old Oyo (llamado Katanga en lengua hausa).

Ya sea a través de mitos o leyendas lo cierto es que Oranyán representa una de las figuras más prominentes en la historia yoruba.

LOS PUEBLOS YORUBAS

Los yorubas constituyen uno de los mayores grupos étnicos de Nigeria y entre otros lugares se pueden encontrar fundamentalmente en los estados de Ogún, Ondo, Oyó, Lagos y Kwara. Se extienden en el oeste desde alrededor del área de Badagry (pueblo y puerto desde donde se exportaron miles de esclavos hacia Cuba) hasta alrededor de Warri y tierra adentro, casi hasta el Níger, ocupando un área estimada en unos 81300 km². Grupos yorubas pueden encontrarse además de Nigeria, en Benin, Togo, Ghana y descendientes en Brasil, Cuba y otras tierras del Caribe.

Los que viven en la actualidad en Nigeria son más de 20 millones. La población yoruba está compuesta por varios subgrupos étnicos, de los cuales haremos referencia en páginas posteriores. Son gente de vida de pueblo, que han tratado de preservar su historia, su cultura, sus mitos y leyendas, creencias y tradiciones. Un pueblo que fue capaz de construir reinos e imperios mucho antes de entrar en contacto con ningún europeo. La historia de los yorubas nace y gira alrededor de Oduduwa, una figura legendaria, hecha mito y realidad y de Ilé-Ifé, considerada por muchos, ciudad sagrada y cuna de la humanidad.

Aún cuando entre los autores nigerianos y no nigerianos existan diversas y variadas interpretaciones acerca del origen y desarrollo de este grupo étnico, todos coinciden en el

reconocimiento de la preponderancia y preeminencia de Oduduwa como líder fundador de esa nación y de Ilé-Ifé como fuente originaria de la misma.

Son múltiples las versiones que le atribuyen a los yorubas un origen árabe, partiendo de ciertas semejanzas con los egipcios en cuanto a la lengua, la religión, algunas tradiciones, el arte y otros elementos de la cultura, además del carácter de las ideas de gobierno. En la historiografía yoruba no son pocos los que refutan estas teorías con fuertes argumentos, al aseverar que las mismas surgieron después del islamismo, que son invenciones de la tribu Hausa del norte de Nigeria y del error de considerar el nombre de Oduduwa como árabe.

Algunos historiadores plantean que si Oduduwa fuera realmente un árabe, resultaría bastante inverosímil que recibiera un nombre no árabe. De igual forma consideran improbable que pudiera viajar a pie desde la Meca hasta Ilé-Ifé en solo 90 días. De ser cierta esta versión, el viaje hubiera demorado no menos de un año. Se concluye que si la travesía fue de 90 días, entonces Oduduwa procede de un lugar no muy lejano a Ilé-Ifé.

El reconocido autor inglés P. Amaury Talbot, en su voluminosa obra *The Peoples of southern Nigeria*, describe la existencia de dos oleadas principales de emigrantes yorubas hacia Ilé-Ifé. La primera arribó al sur de Nigeria en el segundo milenio a.n.e. y según él, pudo haber sido debido a movimientos tribales que tuvieron lugar por la conquista egipcia de Arabia.

Una rama de los yorubas ahora llamada Igara se movió al sureste hacia la confluencia del niger y Benue; pero al parecer el grupo principal se estableció en Ilé-Ifé

Talbot sigue señalando que la segunda emigración oyó-yoruba, de raza negra llegó a Ilé-Ifé entre el 600 y el 1000 d.n.e. procedente del este y que trajeron entre otros utensilios el conocimiento del trabajo en bronce. Esta segunda ola introdujo un nuevo desarrollo cultural que dio lugar a las familias gobernantes entre los yorubas. Es el período de Oduduwa, a quien Talbot califica de "líder capaz, cuya personalidad fue tal que le permitió conquistar el pueblo Igbo, por aquel entonces habitante de Ilé-Ifé," afirmando que de esta forma se establece una dinastía yoruba.

En los últimos tiempos toma cada vez más fuerza la idea de que los yorubas proceden de un lugar cercano al territorio que ocupan actualmente y no de Egipto, Sudán, Etiopía y hasta de Israel, como algunos han afirmado.

Babatunde A. Agire, profesor de historia de la universidad de Lagos, en el libro *Yoruba Tradition Oral* sustenta la tesis de que el hombre yoruba vivió en algunas partes de Yorubaland, por lo menos desde el final del período de la edad de piedra y para ello se apoya en los estudios hechos de los restos de un esqueleto humano y artefactos asociados en Iwo lleru. El autor también cita un trabajo realizado en Old Oyo, en el área de la sabana, el cual muestra pruebas de gente que han residido en el lugar de forma permanente durante finales de la edad de piedra desde alrededor del 8000 a.n.e. hasta el 500 d.n.e.

Para Agire la evidencia lingüística sugiere que los yorubas (y sus vecinos los borgawa, nupe, edo, igala, idoma e igbo, cuyas lenguas pertenecen al mismo grupo, el Niger Congo) deben haber vivido en su actual ubicación durante muchos siglos antes del comienzo del primer milenio d.n.e.

Después de un minucioso análisis el prestigioso historiador yoruba J. A. Atanda señala en el *Journal of West African Studies* que :1) Es razonable aceptar, hasta que profundas investigaciones prueben otra cosa, que los yorubas procedieron de la confluencia del Niger-Benue. Por su lengua forman parte de la familia de la lengua kwa que se desarrolló en esa área.

2)En el proceso del movimiento lingüístico y cultural tuvieron lugar algunas diferencias entre los grupos relacionados".

En otra de sus obras Atanda plantea lo siguiente:

"La evidencia lingüística resulta crucial para nuestra reconstrucción de la historia de los yorubas. Al clasificar las lenguas africanas en general y las de Africa occidental en particular, renombrados estudiosos de la lingüística han ubicado la lengua yoruba dentro del grupo kwa en la familia de lenguas de Niger Congo. Han aseverado además que el grupo kwa ha sido la lengua predominante en Africa occidental desde hace miles de años. Además, por medio del uso de la gluto cronología, los lingüistas han podido afirmar que el yoruba, el edo y el igbo comenzaron a evolucionar como lenguas separadas de un parentesco común hace alrededor de 4000 años y que el yoruba se desarrolló como lengua bien definida por lo menos hace 2 o 3000 años. La similitud de estas lenguas, continúa afirmando Atanda, en particular edo, yoruba

e itsekin, hace plausible incluso para los que no son lingüistas, la opinión de los expertos sobre la relación de éstas en África occidental. Una relación similar se ha establecido entre algunas lenguas como el latín, el portugués, el francés, etc.

DEL TÉRMINO YORUBA

Muchos afirman que el término yoruba fue un nombre extranjero impuesto e inventado. Para Timothy A. Awoniyi “todos los indicios de las fuentes que se tienen parecen sugerir que probablemente no era una palabra yoruba. De hecho, la palabra yoruba no tiene ningún significado en la lengua de los pueblos yorubas.” Se supone que todavía en 1787 los pueblos de habla yoruba no tenían un nombre común.

Según Awoniyi “la primera mención de un término que se relaciona cerca con al yoruba fue en 1819 cuando Bowdich, un diplomático inglés escribiera sobre el país yoruba como un gran reino llamado Yariba por los moros, pero generalmente Yarba por los nativos. “Los moros a que se refiere Bowdich eran los pueblos hausa vecinos al norte del una vez gran imperio de Oyó.

En las investigaciones que hemos realizado, muchas fuentes coinciden en señalar que el nombre yoruba fue una invención de los hausa y en reiteradas ocasiones se hace alusión a los escritos del capitán inglés Hugh Clapperton, que pisó tierra yoruba en 1825-1826. En sus relatos acerca del primer viaje que realizó a África (en que entró por el norte) el inglés se refiere al territorio atravesado como el país de los yarribas. Los hausa aparentemente aplicaban este nombre a los pueblos que estaban situados cerca de su territorio.

Clapperton obtuvo esta información del sultán Bello de Sokoto, una región del norte de Nigeria, de quien extrajo también lo siguiente: “Yarba es una extensa provincia que contiene ríos, selvas, arenas y montañas, así como una gran cantidad de cosas hermosas y extraordinarias. En ella se encuentra un pájaro parlante de color verde llamado Babaga. Al lado de esta provincia hay un atracadero de bahía para los barcos de los cristianos que solían ir allí a comprar esclavos. Estos esclavos fueron exportados de nuestro país (Hausa) y vendidos a la gente de Yarba, quienes los revendían a los cristianos”

El último párrafo aporta un elemento de comprensión acerca de la existencia en Cuba de esclavos hausa que al parecer llegaron a la isla junto a los yorubas a finales del siglo 18. Relacionado con esto resulta significativo leer un estudio realizado por el etnólogo cubano Rafael López Valdes sobre la permanencia de esclavos hausa entre los africanos que se encontraban en zona tan apartada como la de Tiguabo en la provincia de Guantánamo.

De acuerdo con J. A. Ademakinwa la extensión del nombre yoruba es debido a la iniciativa de Samuel Ajayi Crowther, nacido en 1810 en Osogun, en el reinado de Oyó. Hecgo prisionero por los fulani en 1821 y vendido como esclavo en Lagos, con posterioridad fue liberado por un crucero de la armada británica que perseguía la trata. Fue conducido a Freetown, Sierra Leona, en 1822, donde hizo estudios , viajó a Inglaterra y a su regreso al África concluyó sus estudios como obispo anglicano. En 1852 edita su primer vocabulario y lo intitula Yoruba Vocabulary siguiendo la definición de los hausa.

Ya en 1830 el reverendo John Raban de la Church Mission Society había publicado con la ayuda de Ajayi Crowther un vocabulario que el llamaba Eyó pero donde declaraba que yoruba es la denominación general de un gran país que contiene cinco divisiones: Oyó, Ebwa, Ibarupa, ljebu e ljecha.

Para Pierre Verger la administración colonial británica consideró ventajoso adoptar este termino como símbolo de reconciliación de las diversas naciones nuevamente reunidas bajo la autoridad del Alafin de Oyó.

El autor francés en su libro Orisha: Les Dieux Yoruba en Afrique et au Nouveau monde, señala que antes de conocerse el término yoruba, los libros de los primeros viajeros y los mapas geográficos antiguos entre 1656 y 1730, únicamente coincidían en nombrar Ulkumi, con alguna variante, la región donde se encontraban los pueblos posteriormente llamados yorubas. Esto tal vez explica la conclusión a la que llega el eminente pensador cubano Don Fernando Ortiz cuando en su destacada obra Los negros esclavos señala:...en el momento de dar a la imprenta esta edición, cábeme la suerte de hallar la localización indudable de este pueblo lucumí o ucumí. Examinando el texto y mapas de la notabilísima obra de 1686 titulada

Description de L'Áfrique, escrita en flamenco por O. Dapper, encuentro en un mapa del oeste africano (nigritiarun regio), señalada la región ulcumí al nordeste de Benin, casi en los deltas del Niger. Así se explica que pasasen por ulcumis (por corrupción lucumí o ucumí) los yorubás.

Por su parte J. F. A. Ajayi en History of West Africa da el calificativo de lucumi a la lengua yorubá. Pero volvamos al interesante estudio de Awoniyi quien aporta valiosos y nuevos elementos para definir lo relacionado con el nominativo lucumí.

Dice Awoniyi "...en los registros más antiguos, los escritos de Dapper, Amsterdam 1670 y de John Barbot (1732 A Description of the Coast of North and South Guinea) utilizaban los términos Ulkami/Ulkum/Alkani. Estos vocablos con probabilidad fueron una contracción del nominativo Oloku Mi que literalmente significa "mi confidente". En su uso real es una referencia a "mi compañero de tribu, a mi amigo cercano," término que aún se emplea cuando se evita o se desconoce el nombre real del interpelado. Puede haber sucedido, continúa escribiendo, que el término Oloku Mi fuera utilizado por los yorubas al dirigirse unos a otros. Los primeros exploradores, quizás, al emplear a algunos yorubás como informantes y oyéndoles decir con frecuencia esta palabra dedujeron erróneamente que esta palabra significaba el nombre de los yorubás y de su lengua.

Es preciso señalar que a través de un proceso de consultas y de investigación realizado en Nigeria nadie reconoció la existencia de una región o pueblo llamado Lucumí o algo parecido. Sin embargo, muchos fueron los profesores, historiadores e investigadores que coincidieron con la definición ofrecida por Awoniyi No es de extrañar y esto lo afirma el propio Awoniyi que cuando los españoles escucharon a los yorubás llamarse los unos a los otros Alkami, Oluku Mi, Ulcumi, o Lucumi, concluyeran que su nombre era lucumí.. Teniendo en cuenta estas reflexiones podría discernirse el porqué en Cuba se le llamó a estos esclavos lucumí.

En nuestra interpretación es como si un grupo de cubanos fueran trasladados a Marte y al arribar a ese lugar los marcianos escuchándoles llamarse unos a los otra compañero, compañeros, creyeran que el patronímico es compañeros y no el de cubanos.

Pero ¿cuál fue el nombre original de los pueblos con el tiempo llamados yorubás? Una de las mas antiguas referencias sobre lo que hoy son esos pueblos los denomina como eyeos y se habla sobre el rey o el reino de Eyeo. Autores como Biobaku y Atanda consideran que el nombre original fue el de Oyó.

Pierre Verger en la obra ya citada afirma que "...después de 1734 el nombre Ulkumi desaparecía de los mapas de geografía siendo reemplazado por Ayo o Eyo (para Oyó). Ya en 1726, Francisco Pereira Méndez, director del fuerte portugués de Ovidah, hablaba en sus relatos enviados a Bahía de los ataques de los Ayos contra los territorios de Agadja, Rey de Dahomey, llamado el sublevado por haber atacado Allada en 1724 y que iría a conquistar Ovidah en 1727"

Aunque se ha argumentado que antes de la denominación "yoruba" cada subgrupo de esta etnia era conocido por su nombre propio y que no había un término general para calificar a estos pueblos, existe una fuerte tendencia a considerar que el nombre originario era el de Oyó.

ILĚ-IFĚ

En la literatura yoruba Ilé-Ifé es Ile-lfe Ile Owure, Ile-lfe Obdaiye, Nibiti Ojumo ti mo wa, Ile-lfe ori aiye gabogbo (Ilé-Ifé la tierra de los más antiguos días. La alborada. Ilé-Ifé donde tuvo lugar la creación, donde el amanecer del día se vió por primera vez. Ilé-Ifé, el jefe o núcleo de todo el universo, la casa original de todas las cosas, la casa de los dioses y los espíritus misteriosos El corazón que puso la sangre que corre por las venas de toda la nación yoruba).

En el diccionario de la lengua yoruba, Ilé significa casa, mansión, morada, mientras que el vocablo Ifé quiere decir "pájaro de pequeño tamaño". En la mitología yoruba esta ciudad recibe el nombre de "la casa de la diseminación" o "ciudad de los sobrevivientes", al parecer en referencia a la creencia de que este fue el lugar a partir del cual se creó la humanidad. También se dice que es la casa de las 400 deidades.

Ilé-Ifé fue la capital del antiguo reino yoruba antes del surgimiento del imperio de Oyó. Tuvo un tipo único de crecimiento constitucional e histórico. Estaba rodeado por otros reinos yorubas que reconocían su paternidad y no temía el ataque de ninguno de sus vecinos, por lo que no poseyó un ejército ni se conocía a los ooni como grandes jefes militares.

La ciudad se encontraba situada en una elevación de unos 275m sobre el nivel del mar, rodeada por una cadena de siete colinas llamadas Oke-Ora, Oke-Araromi, Oke-Owu, Oke-Pao, Oke-Ijugbe, Oke-Onigbin y Oke-Obagbile. En la misma se desarrolló un sistema de jefatura muy elaborada para atender a todos los dioses nacionales conocidos, crear y adorar a más deidades traídos de sus distintos dominios y dispensar los distintos símbolos para dar validez a la elección de nuevos reyes.

La cuna del pueblo yoruba también se caracterizó y fue famosa por sus obras de arte. Basil Davidson llegó a escribir que allí se desarrolló una de las más grandes escuelas de escultura que ha conocido el mundo. Modelaron obras en barro y bronce. Un estudio de estas esculturas muestra que algunos de sus rasgos son como los de la escultura de barro cocido de los pueblos de la cultura Nok en tiempos más antiguos. Por otro lado, las esculturas de bronce fueron hechas con un método especial, utilizando la cera, que en realidad fue empleada en las esculturas de las civilizaciones antiguas del Nilo.

Algunos refieren que las esculturas de bronce y terracota se remontan a los siglos x y xi de n.e. y se señala que fue sólo en el siglo xx cuando de ellas se conocieron gracias al antropólogo alemán Leo Frobenius, a quien se le mostraron algunas cabezas de terracota. Se ha dicho que durante la visita de éste a Ilé-Ifé en 1910, quedó tan fascinado por la calidad de los trabajos, en particular el popular Ori-Olokun, que no quería creer que fueran hechos por los yorubás o cualquier grupo africano, para él estas piezas eran creación de algún colono griego.

Otros trabajos merecedores de destacar son los monumentos de piedra encontrados alrededor de la ciudad. Estos consisten en figuras talladas de seres humanos y animales. El más notable de éstos es una columna de granito de 5.27m de altura conocida como el Ope de Oranmiyán (el bastón de Oranyán). Se recuerda al Opa como el lugar donde descansan los restos de Oranyán.

Ilé-Ifé también se destacó por sus famosos pavimentos, durante el reinado de la que al parecer fue la única mujer ooni, llamada Luwu Gbagida y que se considera gobernó alrededor del siglo x; en esa época todas las calles de Ifé estaban pavimentadas.

En el libro *Ground Work of Nigerian History* se refiere como Luwu obligó al pueblo de Ifé a adoptar hábitos de limpieza y trabajos tan fuertes que este decidió no volver a tener nunca más a una mujer ooni.

En la actualidad Ilé-Ifé mantiene sus viejas y sencillas construcciones. En ella se pueden encontrar grandes concentraciones de rústicas viviendas, muchas de ellas con techos de zinc y tejas. En el centro de la ciudad está el aafin (palacio del ooni) rodeado de seis grandes grupos de aldeas o barrios. Cuenta con un mercado tradicional y una calle comercial en cuyos portales se venden los más distintos artículos. Una de las principales instalaciones es el complejo universitario, el cual incluye un hospital. También existen varias escuelas secundarias, centros tecnológicos, un museo de antigüedades, policlínicas y modestos hoteles y moteles. Entre los centros culturales se encuentra el propio palacio del Ooni, con distintas instalaciones en su interior como salones de reuniones y de actividades y estatuas como la de Oduduwa, hecha de cemento.

Existen diversos templos como el de Obatalá, Olokún, Babalú Ayé, Ifá y Oluyare, que representan a los guerreros igbo, tribu de la que fue prisionera la bella Moremi, el templo Oranfe, deidad controladora del viento y del trueno, el templo de Osara, una de las esposas de Oduduwa, que tuvo varios hijos, el templo Obalufon, de Oke y otros.

Los pobladores de Ilé-Ifé se dedican al trabajo agrícola, las industrias locales y el comercio. Además de varias tareas profesionales, administrativas y de servicios. La tierra de labranza en Ilé-Ifé se caracteriza por su fertilidad, cultivándose predominantemente el cacao, así como la palma de aceite, la cola, árboles maderables, ñame, maíz, yuca, frijoles, vegetales y plátanos. En 1986 se calculaba la población de Ilé-Ifé en unos 300 000 habitantes.

EL OONI DE IFÉ

En el centro de la ciudad de Ilé-Ifé está el aafin (palacio) del Ooni, rey de los yorubas. Según algunas fuentes consultadas, ooni es una palabra antigua que se modificó en tiempos milenarios y significa el Dios, el hombre más grande. Hay quienes estiman que el primer Ooni fue Oduduwa. Otros consideran que fue uno de sus hijos, pero no dan nombre.

Una tradición reitera que el Ooni fue hijo de una esclava condenada al sacrificio. Asimismo plantea, que al abandonar Ilé-Ifé para fundar el reino de Oyó, Oranyán hubo de dejar allí sus tesoros y fetiches que fueron cuidados por un sirviente de confianza nombrado Adimu, quien también tenía el encargo de llevar a cabo la adoración de los "orisas"(dioses) nacionales.

Así, cada vez que Oranyán necesitaba algo de su tesoro enviaba un recado a su sirviente Adimu, el cual ascendió al mismo nivel de un rey al ejecutar algunos de los deberes más importantes de éste en aquella época, las funciones religiosas. Según esta leyenda, Adimu era hijo de una esclava, cuya muerte se suspendió temporalmente para permitirle parir a su hijo que ya estaba gestando. El niño nació y creció y se le asignó el cuidado de los templos orisas, especialmente Obatalá, a quien su madre fue sacrificada.

Conclúyese que cuando Adimu alcanzó la supremacía en Ilé-Ifé, el título que asumió fue el ooni, contracción de owoni, una forma acortada de Omo Olowoni (que es el hijo de la víctima sacrificada) respuesta que se daba a la pregunta: ¿ Y quién es este Adimu?, constantemente hecha en relación con el personaje que de repente se había hecho tan importante entre la gente de Ifé. Hay que decir que este mito es generalmente rechazado por los seguidores del Ooni y se considera falso.

Lo cierto es que el Ooni es una autoridad reconocida y respetada por los pueblos de habla yoruba y los devotos de su religión, es considerado como un padre espiritual. Se le estima como una de las principales figuras tradicionales de Nigeria.

El título de Ooni es único y es utilizado sólo por un miembro de las familias reales de Ilé-Ifé. A él le corresponde usar la corona de Are, que confirma la jefatura del rey y que en determinadas circunstancias puede ser catalogada como el símbolo más importante de la monarquía en la esfera de la influencia yorubá. La supremacía del Ooni parece descansar en la creencia de los yorubás de que la fuente del rey divino es Ilé-Ifé. Entre los pueblos yorubás, el ooni es el único autorizado a confirmar el derecho de los oba a portar coronas, tiene autoridad para conceder títulos de jefes, tanto a nativos del lugar como a extranjeros destacados en cuanto a la cultura y la tradición de los yorubás.

Un ejemplo demostrativo del Ooni lo tenemos en la Gaceta del Gobierno del 28 de febrero de 1903, donde aparece publicada un acta de procedimientos de una reunión convocada por el entonces gobernador colonial de Nigeria, Sir William MacGregor. El motivo de dicha reunión fue acabar una disputa sobre el derecho o no de un oba a llevar una corona.

LA CORONACIÓN

La coronación de un nuevo rey se realiza tres meses después de la muerte del anterior, durante la tercera aparición de la luna nueva. Al acto asisten grandes multitudes e invitados especiales procedentes de los pueblos vecinos y la ciudad aparece vestida de fiesta. Este día es conocido entre los yorubas como el de "la visita del rey al bara".El "bara"o mausoleo real es un edificio sagrado situado en las afueras y que se encuentra bajo el cuidado de prestigiosos sacerdotes llamados iyamode. En este lugar el rey era formalmente coronado y también enterrado. La visita constituía la primera y más importante actividad de todo el proceso ceremonial.

Con el tiempo la coronación pasó a realizarse en Koso el templo de Shangó; pero la visita al bara era tan importante e indispensable que continuó siendo considerada e identificada con la coronación.

De acuerdo a lo establecido por la tradición, el rey electo salía de su habitación provisional llamada ipadi y en el camino hacia el edificio sagrado se detenía en dos puntos. El primero era el abata, un área situada frente al palacio donde se erigía una carpa con hermosas telas para él; aquí cambiaba su ropa por un manto o túnica de príncipe. El próximo punto era en el alapini, situado a mitad del camino del palacio. En este lugar ya era saludado como rey, recibiendo la congratulación de los príncipes, nobles, jefes y del pueblo en general.

En esta ocasión tenían lugar distintas ceremonias donde se distribuía nuez de cola. Después de esto el futuro monarca continuaba hacia el bara acompañado por toda la concurrencia. En su entrada a los predios sagrados era escoltado por varios selectos jefes y sirvientes, estos últimos encargados de matar los animales que serían sacrificados en honor

del nuevo rey. Una vez dentro del edificio, el monarca hacía distintas reverencias ante las tumbas de sus padres, a quienes ofrecía en sacrificio un caballo, un carnero y una vaca. Algunos pedazos de estas carnes eran enviadas a los nobles, príncipes y jefes que esperaban afuera. Al basorun la correspondía recibir la primera parte de las raciones.

Se dice que al invocar la bendición de sus ancestros, el nuevo rey recibía de éstos la autorización para usar la corona. Concluída esta ceremonia el rey regresaba al palacio en medio de grandes pompas y el sonido de trompetas y tambores. De acuerdo con las tradiciones, la coronación en koso tiene lugar de la siguiente forma:

Pasados 5 días del proceso descrito anteriormente, el rey se dirige a koso, el templo de Shangó, y aquí es visitado por el Otun Wefa, quien está a cargo del templo, el bale de koso, Omo-Ni-Naris y el isonas. El isonas era un equipo de hombres encargados de coser y bordar los trajes de la realeza, elaborar las sombrillas, la corona y el bastón del rey. La gran corona era colocada en la cabeza del soberano rodeado por los principales eunucos y príncipes. Esta función, realizada en medio de una gran solemnidad, era llevada a cabo por el iyakere, quien además de poner la corona, vestía al rey, le colocaba el ejigba alrededor del cuello y ponía en sus manos el bastón y la espada, símbolos del poder. (El ejigba era un collar de costosas piedras que le llegaba al monarca hasta las rodillas).

Al quinto día el rey se encaminaba hacia el templo de Oranyán donde recibía la gran espada o espada de la justicia traída de Ilé-Ifé. Poseer esta arma era lo que daba autoridad para ordenar cualquier ejecución. Después de otros cinco días, el rey continuaba viaje al templo de Ogún y allí ofrecía sacrificios propiciatorios con el objetivo de lograr mantener un reinado pacífico y estable. Estos sacrificios consistían en una vaca, un carnero y un perro. Este último era indispensable en cualquier ofrecimiento al dios de la guerra. Del templo de Ogún la procesión continuaba directo al palacio. Una vez allí, el rey entraba por primera vez por una puerta de madera especialmente hecha para él, nombrada Lekunde Ode Ijo Buruku Esu Gbominu; es decir, "Paz para los diablos de un día maldito". Esta puerta significa mucho en la historia del palacio. Al morir el rey, su cuerpo era sacado por ese mismo lugar. Está prohibido abrirla, excepto en días de alegría y de dolor. En dicha puerta el monarca ofrece un sacrificio consistente en una paloma, una gallina, un caballo, un carnero, un sapo, un ratón, un hurón, una tortuga, un renacuajo, una babosa, etc. A través de estos sacrificios el rey era consagrado no solo con todos los poderes sobre los hombres y animales, sino también como sacerdote de toda la nación.

Era una práctica, una ley inviolable que cuando el rey, un jefe, fuera basorun o bale, saliera, los demás subordinados tenían que acompañarlo. Si el rey salía, toda la ciudad se ponía en movimiento y se suspendía todo tipo de negocio hasta el regreso de éste al palacio.

De acuerdo con la tradición, una vez que el rey es coronado, le está prohibido exhibirse por las calles de la ciudad; aunque de vez en cuando podrá dar sus paseos en horas de la noche, a la luz de la luna y de incógnito.

CAPITULO II

La Expansión de los Yorubas

Como se ha dicho, es a partir de Ilé-Ifé y del legendario Oduduwa que tiene lugar la creación de los nuevos reinos e imperios yorubás.

Cuenta una tradición que antes de morir Oduduwa, ya viejo, cansado y sin visibilidad alguna, reunió a todos sus hijos y les ordenó que se fueran a fundar sus propios reinos y a cada uno le hizo entrega de un símbolo real. El lugar donde se reunieron en Ilé-Ifé es conocido como Ita Ijero (lugar de consulta). Allí se acordó la ruta a seguir y las formas de mantener los futuros contactos y al parecer también se estableció que cualquier título de rey tendría que ser reconocido primero por las autoridades de Ilé-Ifé. Se ha aseverado que la emigración se realizó de forma marcial y organizada, que reinó el orden y la camaradería.

A los príncipes que fueron hacia el noroeste y hacia el suroeste se les recuerda como que viajaron juntos a un lugar llamado Ita-Marun, en Ipetumodu; de igual forma son recordados aquellos que marcharon hacia el este y finalmente se establecieron en Ado, Owo y Benin. Según las tradiciones estas migraciones fueron fundadoras de muchos reinos; aunque es probable que algunos solamente hayan tenido un cambio de gobernante como, al parecer, fue el caso de Benin.

Resulta difícil, quizá imposible conocer cuantos reinos surgieron a partir de este movimiento, el número se estima entre 7 y 26. Se considera que la dispersión tuvo lugar a finales del siglo VIII o principios del IX. Aún no están claros los acontecimientos históricos de la mayoría de los reinos después de este movimiento, ya que la mayor parte de las tradiciones o de los que las recogieron tienen la tendencia a pasar por alto los hechos después de la fundación, concentrándose en el período relativamente reciente. Atanda considera varios factores que determinaron el movimiento de Ilé-Ifé:

“a) Pura ambición por parte de los miembros más aventureros de las familias gobernantes, ansiosas de buscar áreas de poder.

“b) Presiones poblacionales, ya que la tierra disponible de Ilé-Ifé y sus alrededores se hizo inadecuada.

“c) Una catástrofe natural, como una epidemia o incluso, una sequía que provocó el flujo de población.

“d) Una crisis política como resultado de la cual muchos, sino todos los miembros de la dinastía Oduduwa tuvieron que huir de Ilé-Ifé a otras áreas de Yorubaland.”

Según este autor sobre la base de la homogeneidad dialéctica, la unidad territorial y los lazos o asociación política, los principales reinos de Ilé-Ifé que se desarrollaron en Yorubaland hasta 1800 fueron: Owu, Ijebu, Ijesa, Ketu, Popo, Egba, Sabe, Dassa, Egbado, Igbomina, los 16 principados Ekitiis, Owo y Ondo.

Se considera a Owo el más viejo de todos los reinos y su primer rey Asunk Ungbade, cuya madre fue, según una tradición, la hija mayor de Oduduwa. Estableció su capital, Owu, en una pradera al norte del actual Orile Owu. Desde ahí Owu extendió su dominio y existe evidencia de que en un tiempo impuso su autoridad sobre el naciente reino de Oyó e Igbomina. Debido a que el núcleo original de este pueblo se encontraba en las llanuras fue posible que desarrollaran una fuerza de caballería, antes que reinos como el de Oyó. El reino fue destruido durante las guerras civiles del siglo XIX.

EL IMPERIO DE OYÖ

El imperio de Oyó fue el mayor y más poderoso de todos los reinos yorubás y quizás el más interesante de aquellos que emergieron en las regiones costeras y boscosas del África occidental. Este incluía estados no yorubás como el reino de Dahomey y, por otra parte, no lo integraban algunas regiones yorubás como Ekiti e Ilesa. Los autores consultados coinciden en señalar su nacimiento a mediados del siglo XIV, posiblemente entre 1388 y 1431, y en que su fundador fue Oranyán.

Se relata que este, imbuído por un espíritu de aventura, viajó hacia el noroeste de Ilé-Ifé con el firme propósito de crear un gran reino. Con esta idea se asentó en un lugar a unas 30

millas del río Níger, próximo a los territorios de Nupe y Borgu. Este lugar, nombrado Old Oyó (viejo Oyó) u Oyó- Ilé se convirtió eventualmente en la capital del imperio. El terreno medía entre 16 y 32 km.

A principios del siglo XVI, Oyó seguía siendo un pequeño estado apenas capaz de defenderse contra sus poderosos vecinos, Borgu al norte y Nupe al noroeste. Incluso hasta llegó a ser conquistado por los nupe alrededor de 1550.

Una vez concluida su obra de fundación dicese que Orayán abandonó Oyó para trasladarse a Ilé-Ifé, donde murió y fue enterrado, siendo sucedido por su hijo Ajaka quien era poco ducho en la vida política y en el arte militar. Se necesitaba un jefe fuerte, capaz y audaz para el imperio. Entonces Ajaka fue depuesto y sustituido por su hermano menor Shangó, quien era un poderoso y feroz guerrero que se convirtió en el cuarto Alafín (rey de los oyó).

Entre los méritos que se le atribuyen a Shangó está el haber independizado a Oyó de Owu y el de haber trasladado la sede del gobierno desde Oko, lugar donde había vivido Oranyán, hacia Oyokoro u Oyo Ajaka, lugar mucho más fácil de defender. El reinado de Shangó no duró mucho tiempo y pronto cayó en desgracia a consecuencias de las tensas y mal logradas relaciones con y entre sus principales jefes.

No resulta ocioso señalar que estas contradicciones y luchas intestinas de toda clase son una constante en la historia política y militar de los yorubás. Cuenta la historia que el alafín Shangó, decepcionado y agobiado por tantas pugnas se marchó a Nupe muriendo en el camino. Unos cuantos cuentan que se ahorcó, otros dicen que se enterró en la tierra ayudado por una cadena.

Ajaka fue llamado nuevamente, teniéndose en cuenta su carácter más apacible. Shangó había sido censurado por su carácter. Se pensó que con el cambio todo sería distinto, pero ocurrió que Ajaka durante el tiempo que estuvo alejado del trono transformó su manera de ser, convirtiéndose en un hombre irascible, dinámico y combativo. De inmediato organizó y libró una guerra contra los nupe, lo que le permitió ganar prestigio como guerrero y gobernante de tal forma que la autoridad interna del alafinato se vio segura por algún tiempo.

Los cuatro siguientes gobernantes de Oyó, Agaju, Kori, Oluaso y Onigbogi continuaron con la tarea de construir el reino y de lograr una estabilidad única y duradera. El reinado de Agaju fue fundamentalmente pacífico y próspero; Kori era un joven de corta edad, hecho que dio lugar, por primera vez, al surgimiento de un problema constitucional, cuya solución fue encontrada en el nombramiento de regentes, siendo el primero, el Basoru y posteriormente, layanyun, madre de Kori. Al alcanzar la mayoría de edad el joven alafin recuperó todos sus derechos como gobernante. Durante su mandato se fijó la frontera entre Oyó y los ijsha; Oyó hizo de Ede su pueblo fronterizo; e Ijsha creó el poblado de Oshogbo con un propósito similar.

El reino de Oluaso continuó la etapa de tranquilidad y prosperidad, caracterizándose por la construcción de palacios, de los que se hicieron alrededor de 54. Se afirma que su palacio principal tenía 120 kobis (paredes laterales).

El sosiego y la armonía empezaron a desmoronarse a finales del gobierno de Onigbogi. Se produjo el desastre. Había comenzado bien, en un clima de esperanzas y de confianza, pero los vecinos del estado de Borgu, quienes habían sido derrotados durante el período de Ajaka estaban esperando una oportunidad favorable para vengarse. Se alega que esta oportunidad surgió cuando el ejército de Oyó marchó a luchar contra un pueblo llamado Ita Ibidun, dejando indefensa la capital. Los tapa (pobladores de Borgu) aprovecharon la ocasión e invadieron la ciudad de Oyó, propinando una fuerte derrota y expulsando a los pobladores de aquel lugar.

La pérdida fue una gran lección para los oyó. Se hizo más que evidente la necesidad de contar con un ejército fuerte y poderoso, tal como lo tenían los reinados de Borgu y Nupe. La pieza clave de esos ejércitos estaba en la caballería. La decisión fue tomada por el alafin Onigbogi y la puesta en práctica correspondió al alafin Orompoto. Esto ocurrió entre los años 1530 y 1542.

Para establecer la caballería en el ejército de Oyó, surgía una seria dificultad. La parte norte de Yorubaland, al igual que otras del Africa occidental, estaba habitada por dos tipos de moscas Tsé Tsé las cuales eran muy dañinas para los caballos. Los yorubás del norte podían mantener a los equinos, pero no los podían criar. La solución fue comprar suministros estables del norte del Níger y entrenar soldados en las tácticas de guerra de caballería

Orompoto organizó un ejército, cuya retaguardia consistió en 1000 soldados de infantería y 1000 jinetes. Constituyó además un ejemplo de destreza, formando y conduciendo expediciones militares dirigidas a ampliar y fortalecer el imperio. De esta forma Oyó se hizo de un ejército de caballería que estremeció a toda la región donde estaba ubicado y más allá. Con esta fuerza los oyó pudieron derrotar a sus enemigos Tapa y Barriba y alrededor de 1610 fueron lo suficientemente poderosos como para recobrar su anterior capital Old Oyo, lo que lograron durante el reinado del alafin Abipa

Entre ese momento y mediados del siglo XVIII existió un ejército muy desarrollado suficientemente fuerte para respaldar la estructura del imperio, no solo por su poderosa caballería, sino también por su buena organización y alto nivel de disciplina.

Era una práctica en el ejército de los oyó- yoruba no matar a un héroe abatido. Si era necesario aplicar la pena capital a los jefes enemigos los vencedores lo que hacían era ignorar su existencia. Tal práctica indicaba que no intervendrían si los soldados decidían eliminarlo. Si alguno de los cautivos era un rey, teniendo en cuenta su figura se consideraba sagrada, lo usual era pedirle que se suicidara.

En la estructura militar estaban los "eso", jefes militares que eran designados por méritos al igual que el "are-ona-kakanto". Éste era el comandante supremo y jefe del ejército, por tradición vivía en un pueblo fronterizo de importancia estratégica. Esto tenía el objetivo de poder ser el primero en detectar cualquier amenaza o ataque extranjero y por otra parte, con esta medida se evitaba que pudiera tener facilidades para intervenir en asuntos internos de alta política. Su cargo se heredaba. A los comandantes que obtenían victorias se les honraba públicamente, pero si al kakanto u otro jefe se le derrotaba en una batalla, según la tradición, no podían regresar a sus puestos, se les humillaba y generalmente estos se suicidaban o marchaban abochornados a otros estados.

Cualquier funcionario importante que fallase, fuera el alafin o el are-ona-kakanfo, según la tradición, debía morir para que el imperio viviese. Se estima que en 1750 el Alafín de Oyó era emperador de un territorio que incluía al reino de Oyo', a todo Egba y Egbado, algunas partes de Igbomina, todo el reinado de ajase, Weme, y parte de Tapa e Ibariba. En esa época mantuvo un firme control sobre el comercio costero con los europeos en Ajase (Porto Novo). Uno de los más significativos triunfos en su período de expansión fue lograr la dominación de Dahomey, al que también hicieron Estado tributario.

Se calcula que el territorio del imperio se extendió quizás más de 200 millas hacia el interior y que su predominio duró más de 200 años, dominando más de 6000 pueblos y aldeas de forma directa o indirecta. El profesor Abímbola afirma que el imperio se extendió hasta parte de Ghana, Togo y Benin.

En su opinión en Ghana actualmente existen más de 20 aldeas yorubás. Agrega que Nupe, borgu y los igala estuvieron más de 300 años bajo el imperio de Oyó. Es categórico al afirmar que la fuerza del imperio estuvo en su diplomacia, la que se traduce en su capacidad para lidiar con los problemas. Aunque su poder no cubría toda Yorubaland el imperio de Oyó se convirtió en la mayor unidad política y en un factor de estabilización en el área. No es sorprendente por lo tanto, que cuando declinó y cayó a principios del siglo XIX, el efecto de su derrumbe se sintiera en toda la tierra yoruba.

¿ Pero a qué otros factores además del militar se debió la grandeza de este imperio?. La posición geográfica de Oyó fue una de las razones para su gran dominio. Su ubicación a lo largo de la ruta comercial y como centro comercial principal al sur del Níger le era sumamente ventajosa. Estas rutas lo conectaban con muchos mercados importantes, tales como el de los hausa en una dirección y el de Gao, Timbuktú y Jenne en la otra. Se encontraba, además, en un extremo donde los productos de la selva eran vendidos a la gente de la sabana. También comerciaba, como hemos citado anteriormente, con los europeos a través de Porto Novo; pero los oyó no solo fueron afortunados comerciantes, su habilidad industrial también aceleró el crecimiento del imperio; su destreza en el hilado, teñido y tejido del algodón, la talla y al decoración atrajeron a comerciantes de todas partes, Los fundidores eran famosos. Se importaban artículos como la sal, cueros y cristalería. Contaba adicionalmente con tierras fértiles para su producción agrícola. Todo ello le permitía acumular grandes riquezas.

Se dice que el alafin de Onisile construyó 7 puertas de plata para las 7 entradas de su dormitorio en el palacio. Durante el mismo reinado se plantea que también el shekere se confeccionaba con materiales muy costosos.

Para Olatun Bosun: “La homogeneidad étnica también contribuyó al crecimiento del imperio de Oyó. La mayor parte del mismo tenía costumbres similares. Hablaban la misma lengua, consideraban a Ifé como su casa espiritual y a Oduduwa como el fundador e su raza”

Con un gobierno central y el control de los diferentes estados que le pagaban tributo, con su gran desarrollo económico y la habilidad para dirigir y resolver sus problemas, Oyó se convirtió en una verdadera potencia en África occidental.

INSTITUCIONES DEL IMPERIO DE OYO

La constitución (no escrita) de Oyó, como todas las constituciones de los reinos yorubás, estaba cuidadosamente balanceada en su distribución de poder. El orden constitucional permitía a las provincias contar con una autonomía local y que los territorios conquistados fuesen incorporados al imperio sin romper la configuración de su poder tradicional. Cuando se adquirían territorios grandes, el balance de poder, en cierta forma, se inclinaba a favor del alafín debido a la facultad que tenía este para designar a los ajele (intendentes) en las áreas ocupadas.

Como se verá más adelante el imperio de Oyó constituía básicamente una monarquía limitada

EL ALAFÍN DE OYÖ

El alafín era el jefe supremo del imperio, el responsable máximo de mantener la paz, el orden y la buena actuación del gobierno. La mayor parte de su tiempo lo pasaba en el palacio conocido en lengua yoruba como aafin. Allí vivía con sus esposas llamadas Ayá Ba (esposa del rey), sus esclavos y los guardianes del palacio. En el palacio también radicaban los asunrara(cantantes de alabanzas) y los tocadores de tambor, quienes desempeñaban un papel importante. Ellos se desempeñaban como recepcionistas de los visitantes distinguidos. Anunciaban el arribo de éstos recitando el Oriki(nombre de alabanza) del visitante, preparando de esta forma al rey para dar la bienvenida correspondiente. El ambiente en el palacio era de permanente aire ceremonial..

El visitante no se podía dirigir directamente al Alafin. Era necesario hablarle primero a un eunuco de la corte quien a su vez transmitía el mensaje a un ilari mujer y esta a su vez lo comunicaba a su majestad. Se ha relatado cómo la violación de esta norma puso en situación embarazosa al jefe de una delegación enviada por el gobernador inglés de Lagos en ocasión de una visita que efectuara al Alafín de Oyó. Una vez dentro del palacio, el enviado espacial inglés trató de dirigirse directamente al Alafín y darle la mano, los ilari presentes le dijeron Oyimbo-Ma-Se-E-Ma-Se-E(hombre blanco no haga eso). El enviado trató de ignorar el mensaje y los ilari en forma cortés pero decidida lo detuvieron y le indicaron que se sentara. El inglés tuvo que sentarse.

Al Alafín se le consideraba un rey divino. En teoría era un rey absoluto pero no ocurría así en la práctica; también teóricamente tenía el poder de la vida y la muerte sobre los súbditos.

Su atributo era Iku Baba Ye, Alase Ekeji Orisa (el poderoso, el gobernante y la compañía de los dioses). En realidad su poder personal estaba limitado, incluso en el siglo XVIII, cuando el imperio estuvo en la cumbre pero ello no quiere decir que no faltara uno que otro Alafín que se excediera en sus prerrogativas como gobernante.

El Alafín era elegido por el Oyó-Mesi, especie de Consejo de Estado integrado por siete miembros. Durante las reuniones del Oyó-Mesi el Alafin no se sentaba junto a los grandes jefes que lo componían, casi siempre se hacía representar por el más viejo de los jefes Omo Obas con título de príncipe. Entre sus facultades estaban el conceder títulos y designar gobernadores provinciales y oficiales militares (por méritos). Confirmaba la designación de gobernantes de territorios conquistados. Era deber suyo además proteger a los estados vasallos de ataques externos.

Se ha dicho que hasta finales del siglo XIX gobernaron Oyó 39 alafines; otros afirman que 44; a Leo Frobenius le dijeron en 1909 que habían sido 310, cifra que según Babatunde Agire, parece ser la más aceptable.

EL AREMO

Al hijo mayor del Alafín se le conocía con el nombre de Aremo y hasta principios del siglo XIX estaba prohibido que asumiera el trono como sucesor de su padre. Si este moría él también debía morir al igual que otros de los más cercanos colaboradores del rey. Esto era para evitar que el Aremo desplazara a su padre del poder; y para hacerle más fácil al nuevo Alafín la selección de sus oficiales.

EL OYÖ-MESI

Era el consejo de Estado formado por siete grandes jefes y desempeñaba un papel decisivo en la selección del Alafín, quien tenía que consultar el oráculo de Ifá antes de designar a un nuevo Alafín. Este Consejo era el que tomaba las decisiones importantes para el imperio, formulaba la política y asesoraba al Alafín. Se le consideraba la voz de la nación. Sus miembros eran tan esenciales para el gobernador que estos no podían permanecer fuera del palacio por mucho tiempo. De hecho, de ellos se esperaba que fueran al palacio el primer día de la semana yoruba (de 4 días) para revisar las actividades de gobierno y discutir los asuntos pendientes o los que se produjeran.

EL BASORUN

Era el jefe del Oyó-Mesi. Se le consideraba como a un primer ministro. Estaba en el centro de la política y del poder. Sus opiniones tenían gran importancia. Él también estaba encargado de informar los acuerdos del Consejo. En caso de que el Consejo de Estado estuviera en desacuerdo con la política del Alafín y considerara necesaria su sustitución, esta tenía que ser tramitada por la vía del Basorun. Ni el Oyó-Mesi ni la sociedad Ogboni podían destituir directamente a un Alafín

El Basorun era el responsable de informar al Alafín la sanción adoptada. Unos dicen que la decisión era transmitida al Alafín enviándole una cazuela vacía; otros señalan que era mandándole un huevo de cotorra. El Basorun dictaba la sentencia de rechazo al Alafín diciendo: "Los dioses te rechazan, el pueblo te rechaza, la tierra te rechaza". Conforme a esta tradición, el Alafín tenía que suicidarse envenenándose. Según la leyenda muchos alafines honraron esta tradición, pero las crónicas de Oyó contiene ejemplos de algunos que la pasaron por alto. De acuerdo con Akintimehin en el transcurso del siglo XVII, siete alafines fueron rechazados de esta forma, otros calculan fueron nueve.

Entre las funciones del Basorun estaba además, la de la adivinación religiosa que se hacía cada año para determinar si el Alafín retenía o no el favor y la aprobación de los dioses.

LA SOCIEDAD OGBONI

Consistía en una sociedad secreta de carácter básicamente político, aunque se especifica que estaba bajo la protección de Oduduwa como dios de la tierra. La integraban fundamentalmente hombres, aunque había algunas mujeres ya de edad madura y sus hijos. Estas constituían más bien algo honorario

La sociedad Ogboni llegó a constituir una oligarquía gobernante especialmente en Egba, Ijebu y Oyó. A sus miembros se les conocía como Ologboni u Oshugbo. Estos se reunían secretamente en su sede, ya fuese en el pueblo o villa donde radicaban y para entrar a las reuniones se identificaban por medio de señales o pases. Se dice que cualquiera que traicionase el secreto era ajusticiado.

La sociedad Ogboni fue un factor importante en el gobierno de Oyó. Era una sociedad secreta que debía su importancia a:

1. El Oyó-Mesi no podía llevar a cabo decisiones de importancia sin su apoyo.

2. Los líderes de la sociedad tenían libre acceso al Alafín y su presidente era designado por este.
3. Su voz era respetada o temida y se le consideraba como la opinión del pueblo respaldada por la autoridad de la religión

Aunque no contamos con suficiente información sobre esta sociedad secreta, al parecer, la misma desempeñó un importante papel en la dirección y en el pueblo de Oyó.

COLAPSO DEL IMPERIO DE OYO

Crisis de gobierno, intrigas palaciegas, lucha por el poder, conflictos internos y externos, debilitamiento de la economía y del ejército, fueron varios de los factores que dieron al traste con el famoso imperio del siglo XIX. El equilibrio que existía entre los diferentes niveles de gobierno, se fue minando paulatinamente y el poder del Alafín se vio cada vez más debilitado.

Los jefes de los otros estados yorubás no se mantenían al margen de estas disputas, y mientras unos tomaban partido a favor o en contra del Alafín, otros trabajaban por agudizar las contradicciones entre los distintos poderes del sistema.

Un factor externo que contribuyó decisivamente al derrumbe del imperio de Oyó fue el insaciable apetito de los mercaderes europeos por la mercancía humana en abyecto trueque por baratijas y armas de fuego. Fueron ellos quienes en su afán desmedido por las ganancias, azuzaron y estimularon las guerras intergrupos promoviendo el comercio de esclavos. Ellos tuvieron parte y culpa no solo de la caída del imperio, sino también de todo el desarraigo y descalabro que azotó a Yorubaland en las postrimerías del siglo XVIII y principios y más del siglo XIX.

La primera señal interna del colapso del imperio, según Olatun Bosun, fue el efecto del desbalance de poder el Alafín, el Basorun y el Oyó-Mesi en la mitad del siglo XVIII, provocado por el basorun Gaha. Este fue un hombre de desmedida ambición, sutil y sin escrúpulos, que le hacía la vida imposible a los alafines y que llegó a asumir funciones propias de otras instancias de poder. Debido a su habilidad y maniobras estableció una dictadura que duró 20 años, desde 1754 a 1774; y en ese período asesinó a cuatro de los cinco alafines que él mismo había contribuido a designar según la tradición.

Su régimen fue de despotismo, nepotismo y corrupción, hasta que ya viejo y ciego fue depuesto y ejecutado.

El nuevo Alafín que asumió el trono fue Abiodun (1774-1789). Este reinado fue de singular importancia y es renombrado y recordado en la historia yorubá como el de la edad de oro, por haber establecido la estabilidad y la bonanza en el imperio. Al arribar al poder no sólo ordenó el exterminio de todos los miembros de la familia Gaha, sino que también suprimió o ejecutó a todos aquellos que se conocía o se sospechaba habían sido amigos del dictador.

La paz y la prosperidad trajeron apoyo a la monarquía y el reinado de Abiodun constituyó en el mito popular de Oyó el período más glorioso del imperio. Si bien se destacan los logros de Abiodun en lo que significó de progreso, también se le inculpa de que, habiéndose concentrado demasiado en el comercio se olvidó de su ejército. Se señala además, que en la ejecución de los amigos y simpatizantes de Gaha fueron incluidos valiosos jefes militares. Como consecuencia de todo ello, el ejército se vio debilitado y la fuente misma del poder del rey comenzó a erosionarse. Una muestra de este debilitamiento fueron las derrotas de Oyó frente a las fuerzas de Borgu en 1783 y los de Nupe en 1791. De esta forma, las principales fuentes de suministro de caballos y de esclavos para la caballería y la infantería, respectivamente, se vieron bloqueadas. A ello habría que agregar la carencia de armas de fuego, debido a las limitaciones para el cambio de estas por esclavos. Fue en estas circunstancias que el imperio tuvo que hacer rente a comienzos del siglo XIX, al mayor reto militar de su historia y que dado en llamar las "Guerras civiles yorubás" o la "Guerra de los hermanos".

Después de la muerte del alafin Abiodun en 1789, lo sucedió Awolé. Se dice que este se caracterizó por sus desaciertos. En 1793, por venganza, ordenó la invasión del poblado

de Apomu, ya que una vez, cuando él era todavía príncipe, había sido castigado por el Bale de la aldea por intentar robar hombres y comerciar esclavos. Según se sabe, la orden fue quemar el mercado del referido poblado, lo cual constituía una verdadera herejía y una ofensa imperdonable a las leyes tradicionales yorubás, mucho más grave, teniendo en cuenta que dicho mercado se encontraba dentro del territorio de Ifé. Otra arbitraria medida dictada por el irreflexivo gobernante fue el saqueo de Iwere, pueblo muy sentimentalmente vinculado con Oyó. Ninguna de estas decisiones fue cumplida, Sus súbditos lo rechazaron y tuvo que suicidarse.

Cuentan que antes de poner fin a su vida, Awole salió al patio del palacio con el rostro ceñudo y decidido, llevando en sus manos un plato de barro y tres flechas, se detuvo de pronto e hinchando el pecho disparó una flecha hacia el norte, otra al sur y la otra al oeste a la vez que gritaba: “que mis maldiciones caigan sobre ustedes por vuestra deslealtad y desobediencia, por ello deseo que sus hijos los desobedezcan... y que sean todos ustedes llevados como esclavos hacia las diferentes direcciones en que disparé mis flechas”.

¿ Cómo se mató Awole? Lo ignoramos. Pero lo cierto es que el vacío del poder central alcanzó niveles sin precedentes. Adebo, que fue su sucesor inmediato, reinó nominalmente durante cerca de 130 días sin autoridad alguna. En esa época seis alafines se sucedieron el uno al otro de forma rápida; una invasión Oyó a Nupe acabó en una desastrosa derrota y Dahomey asaltó a Ketu, el distrito yoruba más al oeste, sin temer al ejército imperial de Oyó.

Con el colapso de la administración central nadie estaba en posición de mantener la paz y el orden. Muchos gobernadores locales aprovecharon la oportunidad para declarar la independencia.

CAPÍTULO III

LAS GUERRAS CIVILES YORUBÁS

LA REBELIÓN DE AFONJA

Al parecer fue esta rebelión la que marcó el inicio del derrumbe final del imperio.

Son múltiples los autores que se han referido a la sublevación del are-one-kakanto Afonja, atribuyéndole diferentes causas y matices, pero coincidiendo en señalar la inconformidad de éste con el régimen monárquico de Oyó y su deseo de independizar a la provincia de Ilorin.

Como se ha dicho, el Are-Ona-Kakanto era el título del comandante en jefe del ejército de Oyó. Por los años 1810 ó 1817 el kakanto de Afonja residía en Ilorin, pueblo fundado por su bisabuelo. Dícese que por su malogrado afán de ser Alafín, o por su resuelta oposición al sistema gobernante, Afonja se aprovechó de estar a la cabeza de un ejército movilizado para alzarse y declarar la independencia de Ilorin. Miles de esclavos hausa y fulani se le unieron y, aunque no era musulmán, se agenció el apoyo de un considerable número de yorubás musulmanes y de un líder religioso llamado Alimi, quien desarrollaba una cruzada en pro del islamismo. Algunos jefes de la corte, descontentos con el Alafín, pasaron a engrosar las fuerzas rebeldes del Kakafo. Refiérase que Ojo, el único hijo sobreviviente del basorun Gaha quiso apoyar al Alafin y se puso al frente de un ejército para atacar a Afonja. Sin embargo, pocos simpatizaban con la idea de ver a un hombre de la familia Gaha con posibilidades de formar parte de las autoridades del imperio. La iniciativa de Ojo al parecer no prosperó.

La insurrección continuó extendiéndose. Afonja se dedicó a tomar bajo control a tantos pueblos y villas como le fuera posible y a privar a Oyó de territorios tributarios..

En ese entonces los fulani estaban presionando a los hausa en el norte como resultado de lo cual tanto los hausa como los fulani se estaban moviendo hacia el sur. Con el objetivo de fortalecerse, Afonja les dio la bienvenida en Ilorin y la ciudad rápidamente se pobló de gran cantidad de estos elementos foráneos. Al mismo tiempo, los exesclavos incorporados a la rebelión pronto organizaron una asociación denominada Hermanos Jamaa, cuyos integrantes usaban el Kande, un tipo de anillo que los distinguía. Estos no demoraron en dedicarse al saqueo por todo el país y a vengarse de sus anteriores amos. Cuando Afonja trató de detener estos desmanes, los Jamaa se le resistieron, debido a que ya no estaban dispuestos como musulmanes a ofrecerle completa lealtad a un pagano. El propio Alimi fue el primero en traicionarlo.

Afonja fue derrocado en 1824. Se plantea que cayó combatiendo como todo un héroe y que estaba lleno de lanzas, que hizo suspender su cuerpo sobre las mismas, también tenía muchas flechas clavadas.

La rebelión del are-ona-kakanfo Afonja no pasó inadvertida para los poderosos reyes provinciales que tenían que rendir tributo al Alafin. Estos, en su lugar, no solo se declararon independientes de Oyó, sino que también se enfrentaron los unos a los otros.

LA GUERRA OWU

A la par que se desarrollaba el movimiento insurrecto de Afonja, tenía lugar la que se ha considerado como la más devastadora de las guerras yorubás y que fue la que se produjo en 1821, entre los owu y una coalición formada por Ifé, Ijebu y una sección de Oyó. Entre las causas de esta guerra se cita el ataque a determinados pueblos y villas de Ifé llevado a cabo por los owus en un intento de detener a los que cazaban esclavos en aquel lugar. La tradición de Oyó confirma esto y explica que Amororo, el Olowu, fue el autor de tan drástica resolución.

Un ataque a Ifé era un sacrilegio por ser cabeza espiritual de los yorubás. Los ijebu y una parte de los oyó se unieron a Ifé para defender la Constitución tradicional mancillada por Amororo. En otra descripción se dice que lo que desencadenó la guerra fue una pelea por el precio de pimienta picante entre determinados comerciantes ijebu y owu.

LA GUERRA CON DAHOMEY EN EL SIGLO XVIII

El reino guerrero de Dahomey (hoy República de Benin) pagaba tributos al imperio de Oyó. En el año 1820 no sólo dejó de abonar los tributos sino que comenzó a invadir Yorubaland, fundamentalmente con el objetivo de obtener esclavos.

La defensa de Yorubaland dependió del estado Egba de Abeokuta. En 1851 y 1864 Dahomey hizo frustrados intentos de cercar a Abeokuta. En 1866 Dahomey fue capaz de tomar Ketu, un estado occidental yorubá que había luchado incansablemente y sin éxito alguno por mantener su neutralidad.

LA GUERRA CONTRA LOS FULANI

Después de la caída de Afonja, los fulani emergieron como dominadores de Ilorin y allí establecieron una dinastía al frente de la cual se encontraba el emir Abdul Salami, hijo de Alimí con una mujer yorubá. Ilorin se convirtió en una avanzada del califato de Sokoto, una base para intentar la forzada incorporación de grandes partes de Yorubaland al imperio musulmán y, al fracasar esto, en un poderoso centro para la islamización del pueblo yorubá.

El alafín Oluewu hizo todo lo posible por detener el avance de los fulani hacia el sur. Se dio inicio a lo que se llamó la "guerra del algarrobo", nombrada así debido a que cuando los soldados invadieron y destruyeron las fincas, sólo les dejaron a los moradores del lugar los árboles así llamados. La presión fulani sobre Oyó fue tal que la capital tuvo que ser evacuada y miles de personas huyeron del centro del imperio hacia la parte sur de Oyó.

Oluewu fue convocado a Ilorin con el fin de que jurara lealtad al nuevo monarca. Esto constituía una verdadera humillación, pero el Alafin no tuvo otra alternativa que aceptarla.

Posteriormente fue llamado de nuevo, en esta ocasión para exigírsele su iniciación al islamismo. Tal exigencia constituía una degradación inadmisibles. Oluewu se rebeló y decidió reunir nuevas fuerzas a su alrededor para enfrentar a Salimi. Era la cuarta campaña que llevaría a cabo contra los fulani y hubiera tenido éxito de no haberse producido antes una nefasta traición.

El alafín Oluewu murió en medio de la campaña militar. Al evacuarse de Old Oyo, Atiba, el Alafin que le sucedió, decidió construir una nueva capital mucho más al sur, justamente donde se encuentra el actual Oyó, que entonces era una pequeña aldea llamada Ago-Oja, cerca de la casa materna donde él había crecido. Reunió a gentes de las áreas vecinas para poblar la ciudad. Construyó un palacio igual al de Old Oyó y trató de volver a crear los ceremoniales de la corte y la jerarquía de jefes, teniendo cuidado de evitar factores que habían debilitado la posición del Alafin en Old Oyó. Sin embargo, este llamado a la tradición no logró atraer a los guerreros, la mayoría de los cuales se habían establecido en Ibadan e Ijaye, regiones que rápidamente surgieron más poderosas militarmente que la nueva capital.

Atiba le confirió a Oluyole, el nuevo líder de Ibadan, el título de Basorun a cargo de cuidar el desorganizado reino de los ataques del norte y el este. A Kurunmi, líder de Ijaye, le otorgó el título de Are-Ona-Kakanfo a cargo de cuidar al reino de los ataques del oeste. Ambos en teoría, reconocieron la soberanía del Alafin, pero, en la práctica, cada cual tomó su propio camino. Oyó ya no era más un solo reino, sino una colección de estados cuya dominación se disputaban el Alafin de Oyó, Ibadan e Ijaye. Ijaye fue el primero en surgir como potencia militar mayor. Se dice que la flor y nata del ejército de Old Oyó se estableció allí y Kurunmi en un vertiginoso ascenso se hizo de poderes absolutos.

En Ibadan, por otra parte, el intento de Oluyole de hacerse de más poder fue tronchado por su prematura muerte. Ibadan surgió entonces como una especie de república, donde el acceso al puesto y la promoción dentro de la jerarquía de jefes estaba basada en su mayoría en las cualidades de la dirigencia mostrada especialmente en la guerra, con independencia del carácter étnico o de los antecedentes que se tuviese.

La posibilidad de que un simple niño creciera para convertirse en un importante jefe, atrajo a mucha gente talentosa de toda Yorubaland a Ibadan con el objetivo de aprender el arte de la guerra y buscar una carrera. Ibadan creció y se hizo fuerte, lo suficiente para enfrentarse a la guerra de Ilorin o cualquier otro.

Mientras tanto, los fulani, luego de abandonar la antigua capital de Old Oyó y con la evidente intención de cumplir la promesa de apoderarse de todo el país y convertirlo al islamismo, se adentraron más y más al sur. La caballería era su mejor arma. Ellos no encontraron una fuerte oposición hasta que llegaron al territorio de Ijesha en un cinturón selvático tropical donde, en la batalla de Pole, en 1835, sufrieron un duro revés.

Asimismo, en 1840 los fulani recibieron en el poblado de Oshogbo su mayor derrota. Fue una decisiva victoria de los yorubás que finalmente lograron detener el avance hacia el sur de los expansionistas del califato de Sokoto.

Ibadan creció grandemente en extensión y prestigio luego de la batalla de Oshogbo. Se había hecho fuerte, además, porque aceptaba como ciudadano a cualquiera que luchara por ella. Después de Oshogbo muchos guerreros ambiciosos de toda Yorubaland, fueron a Ibadan y esta se convirtió, según criterio bastante generalizado, en la mayor ciudad del África tropical del siglo XIX. El principal objetivo de la política de Ibadan, después de su histórico triunfo, fue el de la restauración, bajo su mandato de la unidad yorubá, para ello se necesitaba de negociaciones.

En 1855 Ibadan convocó a una conferencia de los pueblos de Oyó. Se adoptaron resoluciones, rechazando la guerra como método para arreglar las disputas entre ellos, recomendando al pago voluntario del tributo al Alafín del nuevo Oyó y proponiendo la paz entre los egba y los ijebu.

Ibadan se fue convirtiendo en un verdadero imperio, no solo por sus conquistas, sino también por la subordinación voluntaria de ciudades que deseaban protección, así como por la reconquista de los estados Ekiti en manos de Ilorin. En 1860, Ibadan gobernaba un vasto imperio que comprendía a Ifé, Ekiti, Oshun, Akoko e Igbomina.

LA GUERRA IJAYE (1860-1865)

De acuerdo con la tradición de Oyó, el príncipe heredero moría con su padre, pero sucedió que esta antigua práctica fue violada al morir al alfin Atiba en 1859. Este había decidido que después de su fallecimiento lo sucediera su hijo e Ibadan apoyó esta acción, teniendo en cuenta su amistad y fidelidad tanto a Atiba como a su hijo. Kurunmi, el líder militar de Ijaye, se negó a acatar esta decisión, alegando que la sucesión por el hijo del Alafin era contraria a la tradición. Ibadan trató de persuadir primero y forzar después a Kurunmi para que reconociera al nuevo Alafín y de esta forma evitar que los oyó se dividieran nuevamente. Kurunmi tenía el título de Kakanfo y ya estaba actuando de forma parecida a Afonja; pero todo intento fue infructuoso. El insubordinado guerrero no solo se opuso al reconocimiento del nuevo alafin, sino que también se declaró enemigo de Ibadan y la atacó. De nuevo la paz se vio hollada. Los egba y los ijebu se unieron a los ijaye. El resultado de la guerra fue la victoria de Ibadan, en marzo de 1862.

Kurunmi perdió a su hijo mayor en la guerra y se encontraba estupefacto con su derrota. Él se paseaba de un lado a otro, preguntándose patéticamente: Entonces ¿ el equivocado era yo?. Murió poco después enfermo del corazón.

LA GUERRA DE LOS 16 AÑOS (1877-1893)

Los británicos deseaban comprar a Ibadan su abundante aceite obtenido de las palmas cultivadas en tierras fértiles, gracias al suministro constante de esclavos procedentes de las guerras de conquista.

Ibadan, por su parte, deseaba adquirir armas de los británicos, pero los egba y los ijebu se negaban a que estas operaciones se realizaran a través de su territorio. Los intentos de los egba y los ijebu por detener el comercio directo entre Ibadan y Lagos condujo a que nuevamente se impusiera el ruido de las armas en una lucha de 16 años que el Balogun (comandante) Latosisa, de Ibadan, describió como “una guerra para acabar con todas las guerras”.

Durante la estación de las lluvias, en 1877, estalló el conflicto cuando las fuerzas de Ibadan marcharon a atacar las granjas egba en lo que constituyeron los primeros pasos de una

campana para abrir los caminos egba e ijebu hasta la costa, conquistar y absorber estos dos territorios en el imperio de Ibadan y completar así la unificación de prácticamente toda Yorubaland bajo el mando de Ibadan.

La campana, sin embargo, no progresó como se esperaba y un año después los pueblos subyugados en Ekiti, Ojesa, Akoko e Igbomina aprovecharon la oportunidad y se rebelaron. Luego de matar y expulsar de entre ellos a los oficiales representantes del gobierno de Ibadan, estos pueblos se unieron a lo que se ha dado en llamar la alianza Ekitiparapo, para luchar por su independencia. En 1882 los ifé se rebelaron y se unieron al Ekitiparapo. Durante el mismo año, Dahomey contribuyó inmensamente a los dolores de cabeza de Ibadan, se aprovechó de la preocupación de este para iniciar una serie de invasiones del área del alto Ogún, que continuaría hasta que el mismo reino de Dahomey fuera conquistado por los franceses en 1894.

Muchos ijesa que radicaban en Lagos brindaron su aporte a los Ekitiparapo a través del suministro de modernas armas e instrucciones para su uso. Las armas tradicionales yorubas incluían la espada ancha que usualmente era de dos tipos, la espada corta llamada Jomo y la espada larga nombrada Agedem-gbe. También utilizaban el arco y la flecha. Los escudos eran utilizados en muy pocas ocasiones.

Para la protección personal contra las armas cada soldado empleaba una gran variedad de amuletos. Al decir de Ajayi y Akintoye estos eran hechos por babalawos y musulmanes “como resultado, los babalawos y fabricantes musulmanes de amuletos siempre se encontraban acompañando a cada ejército”.

Los Ekitiparapo organizaron un cuerpo de filferos de alta consideración e introdujeron el uso de las trincheras.

Aunque algunas armas e fuego se obtenían de los puertos de Níger por parte de Ilorin, la mayoría de éstas entraba al país a través de los puertos de la costa atlántica, fundamentalmente Porto Novo, Badagry y Lagos. A la alianza Ekitiparapo se unieron los ijebu, Egba, Ilorin y el Alafin, quien se había convertido también en enemigo de Ibadan, debido a que sus líderes no solo lo habían desafiado frecuentemente, sino que además habían heredado las ambiciones territoriales de Krunmi sobre el alto Ogún.

Todos estos estados se habían hecho el firme propósito de destruir al peligroso y amenazador imperio de Ibadan y aunque no pudieron lograrlo, este se vió obligado al final, a aceptar un arreglo que implicaba la disolución de casi todo su imperio. Por mediación de un tratado firmado en 1886, Ibadan reconoció la independencia de los estados miembros del Ekitiparapo. Pero este tratado no significó el fin de las guerras.

Los egba continuaron formalmente en guerra contra Ibadan, nuevos conflictos surgieron con Ilé-lfé y con las mismas fuerzas que integraban el Ekitiparapo, la contienda entre Ilorin e Ibadan no se resolvía. Los de Ibadan no estaban dispuestos a permitir que los fulani gobernaran en ninguna parte de Yorubaland. La lucha entre estos dos irreconciliables rivales continuó y no se detuvo hasta que en 1893, con la intervención inglesa, los dirigentes de ambos pueblos llegaron a un acuerdo sobre los límites de sus respectivas fronteras. Los ejércitos regresaron a casa y los contingentes militares del Ekitiparapo se disolvieron.

Este panorama de luchas y conflictos fue aprovechado por los británicos como excusa para aumentar su interferencia en los asuntos internos yorubás y para imponer su dominación. Los ingleses habían invadido Lagos en 1851, y diez años más tarde instalaron una administración colonial con la esperanza de utilizar dicha ciudad como vía para controlar el comercio. La intervención británica se extendió gradualmente de Ijebu e Ibadan hasta el este de Yorubaland y durante la guerra de los 16 años a las profundidades del interior.

Los oficiales de la administración inglesa radicados en Lagos fueron los responsables de llevar a las partes beligerantes a acordar el tratado de 1886 y 1893. En ambas ocasiones hicieron uso de la fuerza.

En 1892 el gobernador de Lagos, Carter, fraguó un incidente contra los ijebu debido al cual el ejército de ese poblado fue totalmente destruído por fuerza británicas. La agresividad fue tal que los restantes estados yorubás, extenuados por las guerras, se vieron obligados a negociar tratados mediante los cuales se ponían bajo protección inglesa. Sólo Ilorin permaneció independiente hasta que fue conquistado por Gran Bretaña en 1897.

En el último año del siglo XIX Yorubaland se convirtió en patrimonio británico. El dominio inglés se había enseñoreado de todo el territorio.

Al torbellino de las guerras lo acompañaba el círculo ampliado de la esclavitud convertida en causa y efecto. El terreno bélico se convertía en fuente propicia para la captura de esclavos. Los vencedores preferían capturar que matar a los vencidos.

La destrucción de los pueblos egba entre 1819 y 1825, tuvo entre sus principales incentivos el deseo de hacer prisioneros para vender. Algunos esclavos eran capturados directamente, otros eran comprados. Muchas mujeres adquiridas de esta última forma se convertían en esposas de los jefes o de sus principales hombres. Regularmente, de los teatros de guerra en el interior se llevaban esclavos hacia los principales pueblos de mercado: Ibadan, Abeokuta, Ijebu, Ondo, Ikale e Ilaje. Los puertos más utilizados fueron Lagos, Wydah, Badagry y Porto Novo. El comercio de esclavos era mucho más lucrativo que el que se realizaba con aceite de palma o con tela elaborada en casa. En la obra citada *Ground Work of Nigerian* se señala que en el mercado del poblado de Oru, en Ijebu norte, en los años 80, el precio de un esclavo oscilaba, según la edad y sexo entre 40 y 80 de cowries, mientras que dos vasijas de aceite de palma se vendían por una bolsa y una buena tela por dos bolsas.

Una muestra de las características ventajosas de estas transacciones con mercancía humana en Cuba es la que nos da el profesor Enrique Sosa en su obra: *Los ñáñigos*, cuando nos revela que en 1860 un negro lucumí, víctima de las guerras yorubás, se obtenía en 50 pesos y se vendía en 1500.

CONSIDERACIONES SOBRE LAS GUERRAS YORUBÁS

La caída del imperio de Oyó y la guerras civiles marcaron para siempre a la nación yorubá, transformando no solo su geografía sino también su población.

Fue como un volcán en erupción cuya lava se diseminó por todas partes, sembrando destrucción y sufrimiento humano, pueblos y aldeas enteras desaparecieron, grandes extensiones de tierra cultivable quedaron inservibles, miles de familias se desintegraron y sus miembros fueron a parar a diferentes partes del país o a tierras extrañas. La esclavitud se hizo dueña de esos tiempos, dominando cada espacio de la vida yoruba. Un buen número de estas guerras se desarrolló con el propósito de asegurarse cautivos para vender en los mercados.

Los europeos fueron quienes las agudizaron, estimularon y alimentaron. Fueron ellos quienes introdujeron las armas de fuego que, entre otras cosas, condujo a la lucha por el control de las rutas comerciales hasta las costas. Fueron ellos quienes con el engaño, el soborno y su desmedido afán de lucro contribuyeron decisivamente al desgarramiento de estas tierras.

Como resultado de estas guerras, miles de esclavos yorubás fueron embarcados para Cuba, Brasil y Estados Unidos, llegando a ser mayoría en la isla caribeña. "Llegaron arrancados, heridos y trizados como las cañas en el ingenio y como éstas fueron molidos y estrujados para sacarles su jugo al trabajo", apuntó Don Fernando Ortiz.

De los que en Cuba quedaron construyeron con su sangre y su sudor, no-solo cada mosaico de su economía, sino también cada pedazo de su cultura, de su vida y de su historia. Algunos regresaron a su madre patria, ansiosos y desesperados por el reencuentro con su tierra, con su aldea, con su familia.

"Algunos de los transportados a Cuba eventualmente por una fortaleza de propósito y patriotismo encontraron su camino de regreso a casa después de comprar su libertad a costos enormes. El primer grupo de emancipados arribó a Lagos en 1855, los siguientes otros grupos, procedentes del Brasil, trajeron consigo el conocimiento de habilidades manuales, particularmente la albañilería y la carpintería y un nivel de vida más alto incluso que al que estaban acostumbrados los esclavos de Sierra Leona. Todos eran por supuesto, católicos romanos."

Los yorubás que regresaron a Nigeria, como los que quedaron en Cuba y el resto de América, no cesaron en su empeño por mantenerse arraigados a sus raíces, luchando por conservar sus tradiciones, su lengua, sus dioses, y sus costumbres. No faltó la obligada concesión ante la nueva realidad que se les imponía; pero lograron preservar la esencia de su

estirpe, trasladándola de generación en generación y aportando su cultura a un nuevo mundo que surgía.